

## LA RADICALIDAD PRESIDENCIAL

Alfredo Joignant

Hasta hace un puñado de días, era evidente la parálisis política y legislativa del gobierno, lo que se refrendaba en descripciones periodísticas –a veces exageradas- de un Congreso casi inmaterial: pasillos despoblados, escaso trabajo en comisiones, una que otra audiencia sobre materias periféricas. Si no fuese por la aprobación de la ley Ricarte Soto, casi se podría haber pensado en un Estado amputado de uno de sus tres poderes.

El discurso televisado de la presidenta Bachelet hace dos días, en el que anunció con tono duro y decidido un paquete de medidas que reformulan las reglas del juego político, marca un punto de inflexión: es el retorno del mejor presidencialismo.

La solución presidencial a los problemas de corrupción, legitimidad y justicia de las reglas es heterodoxa en varios aspectos. En primer lugar, por la velocidad de las reformas: 15 días para soluciones administrativas y 45 días para el envío de proyectos de ley, lo que debiese traducirse –dada la inminencia del calendario electoral y los tiempos funcionales del Servel- en un inusual fast track legislativo. En segundo lugar, por el contenido de los anuncios: una completa reformulación de las reglas del juego político, que implica revalidar a los jugadores (los partidos), reformar al árbitro (el Servel), modificar la manera de jugar (desde la pérdida del escaño en caso de trampa hasta la fiscalización de los partidos y de su vida democrática interna). Aún más: es el propio código de reglas políticas el que será sometido a cambios, mediante la iniciación de un proceso constituyente de modo participativo. Sólo falta conocer el método de cambio de la Constitución y los plazos para que la solución heterodoxa sea completamente radical: a grandes males, grandes soluciones.

La derecha arisca mediante el diputado Nicolás Monckeberg y la ex candidata E. Matthei ya confiesan sus temores ante una asamblea constituyente, alegando una alergia conservadora que no es otra cosa que pánico a que personas de a pié, sobre todo si son pobres, de rostro moreno y con uñas rotas, puedan participar de la elaboración de la carta fundamental.

Será difícil que los partidos y el Congreso se opongan a los cambios anunciados: la legitimidad intelectual de la propuesta de la comisión Engel se alimenta ahora de la legitimidad política y simbólica de la palabra presidencial, y encuentra en el enrarecido clima de opinión las fuentes necesarias para que las reformas adquieran legitimidad social.

Estamos en presencia de un especialísimo momento de la historia de Chile: es un momento en el que todos los actores políticos abdican de una parte de su soberanía, con o sin refunfuños. Nunca tuvo mucho sentido la noción de “nuevo ciclo”...hasta ahora: el

ciclo que recién se abre es el de un radical cambio de la coexistencia política, inquietante para algunos, fascinante para todos.